

La crisis del desarrollo y las migraciones

*Jaime Atienza Azcona**

Las migraciones internacionales han sido una constante a lo largo de la historia de la humanidad. La búsqueda de un futuro mejor, la huida de situaciones sin futuro o la construcción cotidiana y esforzada de un futuro posible pese a las dificultades que pudieran existir están presentes en los movimientos migratorios pasados y presentes. En la actualidad, el vínculo entre las migraciones y la crisis del desarrollo responde a un proceso diferente por la existencia de condicionantes nuevos, por las circunstancias que acompañan a la globalización y por las crecientes limitaciones que se imponen a la libre circulación de personas. Saskia Sassen señala que mientras la globalización abre las compuertas en ciertos ámbitos —lo que potencia directa o indirectamente la migración—, los marcos jurídicos de los países de llegada de los migrantes se han endurecido, haciendo de la migración una opción con nuevos riesgos, más allá de los intrínsecos a un cambio de país y a la búsqueda de una nueva vida en un entorno diferente.

Las crisis en el desarrollo y la búsqueda de un futuro mejor han estado en la raíz de los movimientos migratorios a lo largo de la historia. Por ello resulta indudable que la cooperación para el desarrollo

* Jaime Atienza Azcona es economista y responsable del Área de Relaciones Económicas Internacionales del Centro de Estudios para América Latina y la Cooperación Internacional, Fundación Carolina.

tiene un papel destacado, que hoy tan sólo está comenzando a explorarse, en el actual contexto de crecientes y cada vez más complejas migraciones.

La cooperación internacional para el desarrollo parece haber perdido peso recientemente en las relaciones internacionales.¹ El descenso de las cantidades destinadas a la ayuda al desarrollo es un indicador del progresivo distanciamiento de los países más ricos de los problemas del Sur, y de la culpabilización de los pueblos pobres de su propia pobreza. Los Gobiernos y elites políticas del Sur tienen, sin duda, responsabilidad en la falta de desarrollo y de oportunidades de sus sociedades; pero a ello hay que añadir la corresponsabilidad de los países ricos en los problemas que afectan a las mayorías pobres en el Sur —desde la complicidad o el apoyo explícito a esas elites y Gobiernos en beneficio propio y de las empresas nacionales que operan en esos países, hasta las reglas de los sistemas comercial y financiero mundial que dificultan incluso la subsistencia a aquellos países más débiles y menos modernizados en lugar de ofrecerles oportunidades de aproximarse a los niveles de desarrollo de los más avanzados—.

Así, frente a una visión triunfalista de la realidad, los sectores más pobres han visto estancarse, si no deteriorarse, su situación y su desconexión de los beneficios del proceso de globalización, de avance o de modernización. Sus vínculos con el mundo rico y avanzado se materializan principalmente a través de la visión sesgada de la realidad del Norte que ofrecen los medios de comunicación de masas. Exhibir la abundancia de algunos países donde predomina la necesidad supone un punto de contacto irreal con el Norte y un factor impulsor de las migraciones.

En el otro extremo se encuentran los sectores más pudientes del Sur, unas elites perfectamente integradas en el proceso de globalización desde su propia localización geográfica.

En esta lógica, la explotación y exclusión sigue siendo una realidad para el mundo pobre y para las clases medias empobrecidas que han

¹ Si la caída del muro de Berlín dio paso a una década, la de 1990, en la que surgió la esperanza de organizar un sistema de relaciones internacionales que pudiese abordar de manera concertada los grandes retos del desarrollo social y la sostenibilidad ambiental, entre otros, la evolución de la realidad resultó decepcionante. Así, los compromisos adquiridos por los Gobiernos para la promoción de esos y otros objetivos han sido incumplidos de forma sistemática por países donantes y receptores de ayuda, con honrosas excepciones.

crecido como sector de población vulnerable. Una situación en la que ser explotado supone “la mejor opción” al alcance de millones de familias como, por ejemplo, el caso de numerosas mujeres que trabajan en las maquilas en Centroamérica, sin derechos laborales, con jornadas de trabajo extenuantes y salarios mínimos, pero cuya alternativa es el desempleo y la miseria.

En este contexto, el aumento de las migraciones aparece como una salida heterodoxa —aunque no nueva— al conjunto de factores que dificultan una vida digna en gran parte del mundo. Constituye un acto de rebeldía frente a la desesperanza ante diferentes aspectos relativos a las condiciones de vida, la ausencia de democracia —en unos casos por no existir ese sistema político y en otros en que sí existe por su incapacidad para mejorar la vida de las mayorías—, el estancamiento económico, el deterioro social o la supeditación cultural, que invitan a la salida.

Para comprender el marco en el que se producen las migraciones actuales es importante reflexionar sobre el proceso de globalización y sus efectos tanto en los países de origen de los inmigrantes como en los países receptores.

¿La globalización lo condiciona todo?

Globalización parece ser un concepto que lo explica todo. Comunicaciones inmediatas y a larga distancia, productos con componentes fabricados en diferentes lugares del planeta, inversiones a través de internet, reducciones de personal en las grandes empresas, o precariedad laboral, todo se contempla como parte o consecuencia del proceso de globalización. Se intuye la globalización como algo indefinido y fascinante que tiene que ver con las comunicaciones y el consumo, pero también como un fenómeno capaz de crear situaciones más precarias. La globalización multiplicaría tanto las oportunidades como las amenazas.

Pero, ¿todo está condicionado por la globalización? Puede decirse que se le está llamando globalización al tiempo histórico presente, con sus particulares connotaciones. En el inconsciente colectivo, globalización se aproxima al concepto de modernidad, avance científico y de las comunicaciones, pero con un lado oscuro en términos de

inseguridad personal y laboral, incertidumbre y desigualdad. Además del contexto histórico en el que se produce y de los avances científicos que conlleva, las decisiones humanas marcan la naturaleza del proceso globalizador. Las normas, los organismos internacionales, las relaciones económicas y políticas globales y la suma de las conductas individuales determinan el resultado del proceso y, por tanto, aquello sobre lo que es imperativo influir para cambiar. Dentro de las decisiones humanas existen dos muy relacionadas entre sí que marcan las últimas décadas y determinan las características del proceso de globalización:

- La liberalización acelerada de ciertos mercados: si el camino de una mayor liberalización nace del espíritu de Bretton Woods y permite alcanzar notables cotas de crecimiento en los años cincuenta y sesenta, es entre 1970 y el presente cuando ese proceso se acentúa y radicaliza. Ante las crisis económicas propiciadas por el aumento del precio del petróleo en los años setenta y por la deuda externa, el mundo industrializado decidió avanzar en la liberalización. Aunque se trata de una liberalización selectiva hacia el interior —los países ricos, con Europa y Estados Unidos a la cabeza, subvencionan sectores económicos enteros e imponen barreras arancelarias y no arancelarias— se promueve que sea indiscriminada para el mundo en desarrollo.

Gracias a las nuevas tecnologías, en los años ochenta se diversificaron los mercados financieros y se crearon nuevas formas de manejar el dinero para aumentar su rentabilidad. Ante la madurez de los mercados tradicionales y la creciente dificultad para obtener altos beneficios por la elevada competencia, se amplió el campo de acción a la vez que se promovieron condiciones en los países en desarrollo que ofrecían seguridad suficiente para repatriar los beneficios y no someterse a controles —sean de capitales, laborales o ambientales—. Se adaptó la realidad de los países del Sur a las necesidades de rentabilizar el capital de los del Norte. Esta forma de actuar se acompañó de la doctrina económica elaborada por el Fondo Monetario Internacional (FMI), que indicó que el desarrollo llegaría al Sur de la mano del capital exterior y por tanto esas reformas serían el único camino hacia un futuro mejor de los propios países en desarrollo.

Esta situación comporta una fuerte paradoja: frente a una fuerte desregulación en los países en desarrollo, en el Norte coinciden una competencia amplia y muy supervisada (mediante comisiones con un alto poder sancionador) junto con sectores completos con un elevado grado de protección económica. Ejemplo de ello es la política de subvenciones agrarias de la Unión Europea, cuyo monto sextuplica el total de la ayuda al desarrollo que circula de Norte a Sur cada año. Este doble funcionamiento es más visible que nunca en las negociaciones para la creación del Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), en la que los países del Sur de América abrirán sus mercados de par en par a los productos de Estados Unidos (titular del 70% de la producción del continente), que no retirará sus barreras arancelarias a más de trescientos productos que considera sensibles a la competencia con la producción latinoamericana.

- La reducción y deslegitimación del papel del Estado en la sociedad y en la economía: de forma paralela a esa liberalización —selectiva y asimétrica— se ha consolidado, en el pensamiento y en la acción, la deslegitimación del sector público como factor determinante de desarrollo —asumida en los años ochenta en el Consenso de Washington y matizada por el Banco Mundial (BM) en el Consenso de Santiago a finales de los años noventa—. En los años ochenta, los aparatos estatales, por motivos económicos y políticos, se vaciaron de recursos y competencias para hacer frente al pago de la deuda externa. En dicho pago se han venido consumiendo los ingresos obtenidos por la privatización de numerosas empresas públicas, compradas por corporaciones transnacionales y con frecuencia con garantías de una posición dominante en sectores clave como las telecomunicaciones, los suministros eléctricos, etc. Se consideró al Estado ineficaz por definición y al mercado adecuado para regular las relaciones económicas y sociales. Siempre habrá agentes del mercado interesados en invertir en cualquier sector y hacer de ello algo rentable, garantizar un mejor funcionamiento, más eficacia, menos costes y menos impuestos. Esta visión explica el deterioro de los sistemas públicos de salud y educación, transportes, etc., tanto en el Norte como en el Sur, al someterse a la ley del beneficio económico cuestiones anteriormente entendidas como derechos.

Los resultados

Entre las consecuencias del actual proceso de globalización cabe destacar:

- Un aumento creciente de la desigualdad: tanto en el ámbito internacional —entre las naciones más ricas y las más pobres— como en el nacional —entre los sectores sociales más pudientes y menos favorecidos—. Una desigualdad palpable en el nivel de ingreso, pero que afecta a elementos esenciales del desarrollo humano como el acceso a servicios sanitarios, educativos, empleo, vivienda y activos productivos, entre otros. Ni la desigualdad ni la pobreza son consecuencia directa del proceso de globalización, pero éste, sin duda, ha contribuido a agravarlas.
- Aumento de la pobreza en el Sur y desinterés por ello en el Norte: el aumento de la pobreza en términos absolutos y relativos —excepto en China y la India en la última década— es un hecho que se ha acentuado merced al avance del proceso de globalización, y ha ido acompañado de una alarmante desconsideración desde el Norte hacia la gravedad de la situación en que viven y mueren millones de personas en el Sur. Dicha desconsideración se ha plasmado en un retroceso de la ayuda al desarrollo y en el incumplimiento sistemático de aquellos acuerdos internacionales encaminados a corregir las desigualdades y reducir la pobreza alcanzados en las cumbres de Río, Copenhague o Beijing. En este sentido, nunca en los últimos cincuenta años el Norte ha estado tan lejos de sentirse parcialmente responsable y actuar en consecuencia de los problemas que se viven en el Sur, prefiriendo responsabilizar únicamente a los pobres de su propia situación de pobreza.
- Deterioro ambiental: tal como se constató en las cumbres sobre desarrollo sostenible celebradas en Río de Janeiro en 1992 y en Johannesburgo en 2002, está teniendo lugar un acelerado deterioro ambiental del planeta. El cambio climático es un hecho: el calentamiento global, el agujero de la capa de ozono, la tala masiva de bosques tropicales, la desaparición de numerosas especies y ecosistemas, el desecamiento del planeta o la previsible escasez futura de fuentes de agua potable son elementos que prueban la gravedad de

ese deterioro ambiental. Todos ellos son causados principalmente por los excesivos niveles de producción y emisión de gases tóxicos de los países ricos y por la sobreexplotación de los recursos naturales en el Sur principalmente a cargo de empresas transnacionales del Norte. En muchos casos, la presión para pagar el servicio de la deuda externa es lo que provoca que se sobreexploten las tierras, se talen los bosques y se vendan a bajo precio el suelo y la riqueza natural. El acelerado consumo de los recursos naturales tiene graves consecuencias para las generaciones futuras e implica una deuda ecológica con el Sur.

- Aumento de las migraciones Sur–Norte: esta evolución ha dado lugar a un crecimiento migratorio desde el Sur hacia el Norte. La falta de tierra para cultivar, la imposibilidad de vender los productos agrícolas, la caída de los niveles de empleo y las sucesivas crisis económicas y financieras que resultan en crisis sociales, hacen que la migración a otros países sea una salida cada vez más frecuente. Las migraciones actuales se dirigen hacia países y zonas altamente pobladas y al margen de la existencia de vínculos coloniales —ambos factores fueron importantes en anteriores etapas migratorias—.

La crisis del desarrollo desde los años ochenta

Desde un punto de vista económico, desde la segunda mitad del siglo XIX hasta la Primera Guerra Mundial se vivió una primera etapa globalizadora en la que el aumento del comercio y de la financiación internacional fue superior en términos porcentuales al de la renta. En ese tiempo disminuyeron las barreras a los intercambios comerciales, aumentó el flujo de crédito internacional y se produjeron movimientos migratorios significativos, en particular hacia tierras menos pobladas o industrializadas como Australia o Estados Unidos. Fue una etapa de fuerte emigración española, italiana e irlandesa hacia América —se calcula que en torno a dos millones y medio de emigrantes españoles llegaron a América Latina en ese período—.

Desde el final de la Primera Guerra Mundial hasta los años setenta continuaron las migraciones principalmente impulsadas por la demanda de mano de obra en los países más industrializados y por los procesos de

descolonización principalmente en África —por ejemplo la fuerte emigración argelina a Francia—. En este contexto se enmarca la emigración española al centro de Europa iniciada en los años cincuenta, y en la que el diferencial de renta y salarios tiene una importancia obvia.

Al inicio de la década de 1970 comenzó una fase de crisis en la que es la segunda etapa globalizadora —que comienza tras la Segunda Guerra Mundial— marcada por dos factores determinantes: la ruptura de la hegemonía monetaria estadounidense (la paridad dólar-oro) y la crisis del petróleo, que se desencadenó por motivos tanto políticos como económicos (con un primer *shock* en 1973, cuando su precio se multiplicó por cuatro en pocos meses, y un segundo *shock* en 1979, cuando se consolidó una subida acumulada de veinte veces el precio anterior a la crisis) y que supuso una sacudida para la economía internacional. En este tiempo de crisis las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) surgidas en Bretton Woods perdieron su poder de influencia, y el peso de Estados Unidos en el sistema global se vio postergado por la llegada masiva de petrodólares a los mercados de crédito.

En los años setenta, esos petrodólares viajaron a las economías en desarrollo en forma de crédito, permitiéndoles así sostener sus procesos de crecimiento mientras los países ricos vivían un tiempo de crisis y reconversión industrial. Entre 1972 y 1981 América Latina vio multiplicarse por diez sus ingresos gracias a los créditos externos. La reconversión industrial de los países desarrollados consolidó por su parte un cambio ideológico conducido por el conservadurismo político, de Margaret Thatcher en Gran Bretaña primero y de Ronald Reagan en Estados Unidos después. En ese momento se entra en la transición hacia un modelo ultraliberal, en cuya implantación el tratamiento que recibió la crisis de la deuda externa tiene una influencia indudable.

La revolución silenciosa o la década perdida del desarrollo

Cuando estalla la crisis financiera de los países en desarrollo, las Instituciones Financieras Internacionales (IFI) se convierten en un actor decisivo en el diseño de las políticas económicas del mundo en desarrollo. En ese momento, en plena renegociación inicial, los países acreedores reclamaron un papel dominante del Fondo Monetario Internacional (FMI) que los países deudores aceptaron sin grandes

condiciones. De esta forma comenzó América Latina la década perdida del desarrollo o, según la versión del propio FMI, la década de la revolución silenciosa hacia la estabilidad monetaria y la liberalización y apertura del mundo en desarrollo. En los años ochenta y noventa las políticas económicas de aproximadamente 100 países fueron guiadas y/o supervisadas por el FMI.

Este profundo cambio en las políticas públicas de los países en desarrollo supuso un giro hacia la privatización —muchas veces acelerada e indiscriminada— como forma de obtener recursos rápidos y afrontar el pago de la deuda. De esta manera se obtenía el aplauso de inversores y donantes de la comunidad internacional que habían consagrado un modelo único de desarrollo a través de la apertura y la liberalización sin matices. Se detuvieron las importaciones para ahorrar recursos y poder pagar la deuda, haciendo más difícil la diversificación productiva. Se impulsaron políticas de aumentar la producción para la exportación y de esta forma incrementar los ingresos con los que pagar la deuda, pero se entró en una fase de sobreexplotación de la tierra y los recursos naturales y los precios de las materias primas descendieron.

Numerosos países llenaron el mercado mundial de productos primarios produciéndose un efecto inverso al pretendido. En el ámbito interno, los recortes de los gastos recayeron sobre los sectores sociales, las inversiones en infraestructuras y los aparatos administrativos. Ello ha tenido como consecuencia un considerable deterioro en los niveles de legitimidad, respaldo y credibilidad de los aparatos públicos y de la propia democracia con diferencias en función de la realidad de distintos países y regiones —mientras en América Latina se vivió un grave deterioro, en África comenzó a hablarse de los “Estados fallidos” —.

Desde los años noventa, el desarrollo acelerado de los mercados financieros ha tenido un peso extraordinario tanto en el devenir económico como en la sucesión de crisis con graves efectos sociales. Aprovechando un contexto de amplia apertura y falta de control, junto a las facilidades de la técnica, los mercados financieros se han convertido en la auténtica vanguardia como mercado libre y sin controles a escala global. La libertad que caracteriza al sector financiero lo ha convertido en abundante fuente de recursos para el mundo en desarrollo —aunque cada vez es más selectivo en cuanto al número de países destinatarios— y en un espacio con gran propensión a generar crisis financieras.

Ejemplo de ello son las crisis de los años noventa y principios del siglo XXI en México, el sudeste asiático, Brasil, Argentina, Turquía y Ecuador, entre otras. En la década de 1990, los mercados financieros produjeron el espejismo de ser un nuevo canal de llegada de recursos externos, que resultarían decisivos para el desarrollo, pero su casi total libertad de movimientos —promovida y defendida desde el FMI— y su alta volatilidad sumergió a comienzos del siglo XXI a diferentes regiones —en especial a América Latina— en crisis financieras, y por extensión sociales, así como de deuda externa.

Los años noventa y el final del espejismo

Tras la década perdida del desarrollo, los años noventa se convirtieron en un período de relativa bonanza económica y los países en desarrollo recuperaron su confianza en el sector financiero. Pero a partir de 1998 la esperanza se trunca y se entra en un nuevo tiempo de crisis —a excepción de los gigantes asiáticos—. La migración se convierte en una opción generalizada pese al endurecimiento de las políticas y medidas represivas que no la consiguen frenar. En América Latina se produce una migración masiva a comienzos del siglo XXI hacia Estados Unidos y Europa; y en África, emigrar para sobrevivir se incorpora al imaginario colectivo y al deseo de la población.

La evolución del sector de las comunicaciones y el transporte interactúa con las opciones económicas, políticas y sociales generando un panorama nuevo para los procesos migratorios. Permiten que la migración y las crisis del desarrollo se comporten como vasos comunicantes cada vez más directos.

En relación al transporte, en las dos últimas décadas se han abarataado los costes y han aumentado a una alta velocidad los puntos interconectados tanto al interior como al exterior de los países. Existen más canales para desplazarse a un mayor número de lugares y a un coste sustancialmente menor. En este sentido, resulta llamativo que mientras las conexiones aéreas han aumentado, en aquellas que requieren grandes inversiones públicas, como el ferrocarril, su crecimiento ha sido mucho menor en buena parte del mundo en desarrollo. Las mayores facilidades para el transporte, junto a la liberalización y a la apertura económica externa, han supuesto un mayor trato con personas que viajan, empresas

de otros países que se instalan y la visita de técnicos o personas del ámbito de la cooperación internacional. Todo ello ha propiciado un contacto muy directo entre realidades antes más distantes en el imaginario de las sociedades empobrecidas, lo que tiene efecto en la mentalidad de las personas y a nivel cultural, fomentando la atracción por motivos económicos.

A su vez, en las dos últimas décadas del siglo XX, las comunicaciones han vivido una verdadera revolución con avances extraordinarios. La extensión planetaria de los medios de comunicación de masas a través de satélites ha permitido la recepción en todos los rincones del mundo de las informaciones que se emiten desde los países ricos. Al mismo tiempo, el abaratamiento de los costes de los aparatos y su constante renovación tecnológica ha posibilitado la llegada de receptores de televisión a los puntos más insospechados del planeta. Todo ello ha permitido la llegada de información y de una imagen deformada a millones de personas del Sur.

Por otra parte, los avances en la comunicación telefónica, como la telefonía móvil y satelital, han supuesto una notable extensión de las redes telefónicas previamente existentes. La fibra óptica y otros materiales han posibilitado el desarrollo de sistemas de tratamiento y procesamiento de la información que han hecho del acceso a ésta en tiempo real una realidad. Este avance se incrementa gracias a un sistema de comunicación y obtención de información instantánea libre y barato como es internet.

Así, un contexto de crisis del desarrollo, desesperanza y mayor conocimiento de las formas de vida en otros lugares, junto con una serie de avances técnicos que han permitido acercar el imaginario del migrante a la realidad de la riqueza del Norte, presentan un escenario en el que la migración es una opción de vida para millones de personas. Estos factores no siempre se tienen en cuenta a la hora de comprender el fenómeno migratorio de forma integral.

Migración y desarrollo: causas e impacto en las sociedades de origen

Los factores que en la actualidad impulsan las migraciones son diversos. En algunos casos repiten aquellos que estuvieron en la raíz de las grandes migraciones de tiempos pasados pero, en otros, vienen determinados por la coyuntura presente.

Factores explicativos de la migración

Entre los factores comunes a los momentos en que la migración ha tenido una importancia destacable a lo largo de la historia, cabe señalar:

- Ciclos de estancamiento y crisis económica: las migraciones han coincidido a lo largo de la historia con períodos de estancamiento y crisis en los países de origen.
- Perspectivas de mejora económica en otro lugar: en contextos de crisis, la perspectiva de un futuro mejor ha sido un factor determinante de la migración. Ello no ha significado un cambio inmediato en los niveles de renta, pero sí la posibilidad de alcanzarlo transcurrido un tiempo. A lo largo de la historia, la migración ha tenido un componente de emprendimiento y aventura que hoy mantiene, pero sin la fuerte carga de clandestinidad actual.
- Contextos pacíficos y estables en los lugares de destino: los destinos elegidos por los emigrantes han sido países con situaciones estables y pacíficas que hacían atractivo y previsible el resultado del viaje.
- Existencia de espacio en los mercados de trabajo y tierras para recibir a nuevos pobladores: tradicionalmente los destinos de los migrantes se caracterizaban por tener espacios laborales para los nuevos habitantes, sectores económicos sin ocupar o tierras que colonizar.
- Existencia de conflictos armados y guerras: éstas han sido el origen de migraciones forzadas. El exilio posterior a la guerra civil española o la emigración de Colombia o Sierra Leona son ejemplos de ello.
- Importancia de las redes: en todos los momentos las migraciones han tenido un componente nacional. La migración de miembros de un mismo país se produce hacia destinos concretos en los que los primeros en llegar van “abriendo camino” ante la posterior llegada de otros connacionales.

- Autorregulación de los flujos: las migraciones no han tenido una duración definitiva sino que han constituido procesos con un inicio, un período de auge y una ralentización hasta acabarse. Esta característica cambia con la migración reciente de la que, pese a los factores desincentivadores de los Gobiernos del Norte, no se prevé un final natural.

Entre los factores propios de la actual etapa migratoria se encuentran:

- Cambio cualitativo en los factores técnicos: el desarrollo de las comunicaciones y las posibilidades de comunicación a distancia y de desplazamientos físicos han multiplicado las posibilidades objetivas de emigrar.
- Mayor información sobre las realidades del Norte y del Sur: las comunicaciones hacen posible un conocimiento mutuo mucho más intenso —también con fuertes sesgos en lo que se conoce y no se conoce— entre los países de origen y destino, lo que contribuye a acercarlos en el imaginario del potencial migrante.
- Aceleración de los procesos: los cambios técnicos y la desesperanza de numerosas sociedades hacen que hoy los procesos migratorios sean mucho más inmediatos como respuesta a situaciones de crisis, produciéndose en poco tiempo migraciones de cientos de miles de personas.
- Cierre de fronteras: en la actualidad las políticas de los países receptores de migrantes son mucho más severas. Ello añade a la migración un factor de riesgo y de marginalidad, y abre un espacio muy importante a las mafias que ayudan a llegar a los migrantes a sus destinos a cambio de grandes sumas de dinero. El cierre de fronteras constituye la respuesta instintiva y poco reflexiva de numerosos Gobiernos a una oferta de potenciales migrantes en apariencia infinita.
- Alto condicionamiento económico externo: las crisis que fomentan la migración son provocadas por factores que muchas veces

escapan al control del país de origen —sin que ello suponga obviar la indudable responsabilidad de los gobernantes del Sur en las carencias de sus sociedades—, como por ejemplo las variaciones del precio de las materias primas y de los tipos de interés internacionales, el sobrepeso de la deuda externa y la vulnerabilidad a las importaciones de otros países, entre otros.

- Crecimiento inestable: las crisis actuales, aunque con causas estructurales, se producen en contextos con ciclos económicos de auge y crisis mucho más rápidos que en etapas anteriores debido a la mayor apertura externa y a la vulnerabilidad de buena parte del mundo en desarrollo.
- Decepción ante los procesos políticos: en numerosos países en desarrollo se vive un profundo desencanto respecto a los esperanzadores procesos políticos que surgieron a finales del siglo XX —la descolonización en África, la llegada de democracias más estables en América Latina o la caída de los regímenes totalitarios del Este de Europa—. El fracaso de esas expectativas ha agudizado la decepción y la desesperanza de la población ante el sistema político y sus representantes, elegidos democráticamente o no.

Efectos de la migración sobre las sociedades de origen

Conocer lo que ocurre en los países de donde se marchan cantidades significativas de población es muy importante para poder plantear alternativas positivas de actuación sobre la realidad, como pretenden diferentes iniciativas sociales y de cooperación internacional. Estos son algunos factores que transforman las sociedades de origen de los migrantes:

- Pérdida de una proyección de desarrollo propio: la migración se convierte en una respuesta individual o familiar en medio de un contexto desfavorable en el que se ha perdido la fe en las posibilidades de desarrollo del país de origen. Así, se cae en la desesperanza respecto a que se pueda alcanzar o contribuir a un proyecto

propio, nacional o local, de desarrollo, lo que a su vez es causa y estímulo para que otros migren. De alguna manera, se crea una mística en torno a la figura del migrante haciendo de él un triunfador ante la sociedad, el más arriesgado y valiente, frente a quienes optan por quedarse a trabajar en el país.

- Aceptación de la superioridad de otros modelos: la aceptación de la derrota del proyecto nacional de desarrollo implica una imagen de inferioridad de las sociedades de origen, que ya no se piensan a sí mismas como diversas y con su propio proceso social, político, cultural y económico. Se ven a sí mismas como sociedades inferiores y a las de destino como un modelo exitoso y superior.
- Llegada de remesas y conductas rentistas: la migración actual se beneficia de la existencia de eficientes sistemas de transferencia de remesas, alcanzando en algunos países entre el 10% y el 30% del PIB. Sin embargo, se observa con preocupación el escaso uso productivo de las remesas, que alimentan un espíritu rentista sin contribuir decisivamente a la generación de empleo e ingresos.
- Cambios en las pautas de consumo: la llegada masiva de remesas tiene como consecuencia una mejora en el nivel de vida de las familias receptoras pero, en ocasiones, también un aumento en los niveles de consumo de bienes importados siguiendo las pautas de los países ricos. En los lugares con una alta tasa de migración se genera una nueva división de clases entre quienes reciben remesas y consumen con pautas occidentales y quienes no tienen acceso a esas posibilidades y contemplan con admiración el nivel de consumo de sus vecinos.
- Rupturas familiares, culturales e intergeneracionales: se producen situaciones nuevas que rompen con las dinámicas más arraigadas de la sociedad de origen —se dividen las familias, se reparten los hijos entre miembros de la comunidad, se adoptan nuevas costumbres y patrones de consumo, y se produce una ruptura modernizadora que abre una brecha entre mayores y jóvenes por el contacto directo de estos últimos con la migración por sus padres, familiares o amigos—.

- Fuga de capacidades: pese a que la realidad indica que, en general, los migrantes desempeñan labores que requieren escasa cualificación, su nivel de formación supera ampliamente el de la media de población de su país. Así, el país de origen pierde personas con altas cualificaciones, habilidades técnicas superiores o un especial espíritu emprendedor, con el perjuicio que eso supone para el desarrollo nacional.
- Encadenamiento de otros procesos migratorios internos y fronterizos: cuando emigran ciertos profesionales de una región o país, la demanda de ese tipo de trabajo puede forzar la llegada de inmigrantes de terceros países para realizar esa función. Esta situación se produce por ejemplo en Ecuador, de donde han salido más de un millón de personas en cuatro años y a donde llega migración colombiana y peruana para cubrir los espacios laborales disponibles.

La cooperación al desarrollo en el ámbito migratorio: el codesarrollo

Muchas de las regiones del Sur destino de la cooperación para el desarrollo se encuentran marcadas por una migración fuerte y en aumento. Numerosas zonas rurales se han quedado despobladas fruto de la migración del campo a la ciudad primero, y en segundo lugar por la migración internacional. Sin embargo, las acciones de cooperación rara vez han tenido en cuenta esta realidad.

Por otra parte, en las sociedades de llegada los propios migrantes y su deseo de contribuir a la mejoría de sus sociedades de origen constituyen un punto de partida importante para impulsar procesos de cooperación. En este sentido, la conciencia de que existe una interrelación entre lo que ocurre al interior de los países ricos y las razones que empujaron a la salida a los migrantes está cada vez más extendida entre las organizaciones sociales, en las que se empieza a tomar conciencia de que se actúa sobre la misma realidad en un barrio empobrecido del sur de Madrid y en una comunidad necesitada del sur de Quito.

Algunas líneas de actuación que pueden promoverse en el marco de la cooperación internacional y las migraciones son:

- Analizar las causas estructurales de la migración y las causas más directas que influyen en el contexto local. En ocasiones, ello llevará a la estructura del Estado, a la concentración de la renta, al mal ejercicio del poder local, a la deuda externa o a las dificultades comerciales. Igualmente, en lo local, pueden influir fenómenos climáticos o catástrofes naturales coyunturales u otros mucho más permanentes que provoquen desesperanza en la población. Este análisis del contexto no ha de ser un mero ejercicio intelectual de comprensión, sino uno en el que a continuación se plantee la acción.

- Actuar sobre las causas estructurales de la migración —estabilidad y responsabilidad política, promoción de mejoras y pactos sociales amplios, acuerdos sobre la deuda externa que reduzcan su efecto sobre los sectores más pobres de las comunidades y les brinden oportunidades—. Para ello, es necesario buscar propuestas e interlocuciones públicas que permitan incidir en el contexto, ya sea con una lógica de largo plazo en la construcción de capacidades para el diálogo social, o para asuntos más puntuales. Igualmente, es importante actuar sobre las realidades locales que provocan el desplazamiento: las sequías, el reparto de la tierra, la prevención de daños ambientales, la necesaria construcción de capacidades comunitarias en el diseño de políticas públicas locales, entre otras.

- Tener en cuenta los efectos existentes y potenciales en relación con las migraciones que ya se produjeron en el pasado o podrían darse en el futuro. Así, tanto la dinámica migratoria existente y potencial, como las dinámicas que haya introducido o pueda introducir en las comunidades, deben ser parte de la identificación y la formulación de las acciones de cooperación.

- Aprovechar el potencial de los migrantes en el exterior para el desarrollo local es una clara opción de futuro. Para ello es importante el desarrollo de instrumentos que permitan la llegada de las remesas en condiciones económicas ventajosas, así como establecer mecanismos de incentivos a su reinversión productiva local. Se trata, por tanto, de un trabajo social y financiero a escala local, en los lugares de origen y a nivel internacional, mediante bancos,

cajas y otras instituciones. Con estos mecanismos de incentivos deben poder aprovecharse los recursos que llegan, los conocimientos técnicos adquiridos y contribuir al cambio cultural en aquellos aspectos positivos de las sociedades de llegada. Y, por último, apoyar, incentivar y promover la puesta en marcha de iniciativas comunitarias, y no individuales, de producción de modo que el patrimonio y los conocimientos de los migrantes se integren en el conjunto de las comunidades de origen como una ganancia y no como un foco de nuevas desigualdades.

- Aprovechar aquellos factores culturales que pueden suponer una transformación en positivo; por ejemplo, el mayor reconocimiento de los derechos y del papel de las mujeres en las sociedades del Norte, que puede contribuir a impulsar cambios culturales que otorguen una mayor capacidad de representación de las mujeres en la comunidad o contribuyan a desterrar la violencia contra las mismas.² La presencia de mujeres que migran y conocen otras realidades como la persecución de los maltratadores, y el dolor y la indignación social ante esas conductas en España, en este caso puede contribuir a cambiar la visión cultural de la discriminación y la violencia de género. Es preciso entonces aprovechar la incorporación de nuevos valores positivos para las sociedades de origen. A la inversa estaría la llegada de las formas de consumo superfluo y masivo del Norte que también penetran con fuerza en las comunidades de alta migración, y que deberían tratar de atenuarse. Igualmente, la presencia de migrantes con tradiciones más solidarias y comunitarias es un factor de cambio cultural positivo en las sociedades del Norte, tan dominadas por el individualismo y tan faltas de referentes colectivos y solidarios.

- Promover y apoyar en los países de destino las acciones de cooperación de las asociaciones de migrantes en sus lugares de origen. Ya es una vieja tradición la aportación de los migrantes a gastos locales de sus comunidades de origen —en España en oca-

² Pese a que es ese un mal de sobra conocido dentro de las sociedades del Norte, en ciertas sociedades en desarrollo está mucho más arraigada cierta clase de tolerancia y comprensión social ante la violencia familiar contra las mujeres.

siones los migrantes financian las fiestas patronales de sus pueblos, por ejemplo—. Sin embargo, es importante pasar a acciones de mucho mayor calado. En algunas comunidades, pueblos y barrios de Ecuador con alta migración, quienes migraron siguen siendo miembros de la asociación o cooperativa local, aportan su cuota y tienen un canal privilegiado para la cooperación a partir de estructuras ya existentes. Esta dinámica debe ser impulsada, debido a que la tendencia de las personas a agruparse en función de sus lugares de origen permite que esta forma de cooperación tenga un altísimo potencial de impacto. Así, el vínculo existente con los lugares de origen debe reforzarse para que vaya más allá del folclore y la religiosidad popular y llegue al ámbito del desarrollo. En el mismo sentido, cobran importancia el apoyo a la consolidación de las asociaciones de migrantes y la contribución a un trabajo compartido de cooperación con sus comunidades de origen: cuanto más fuertes sean las estructuras en los países receptores, más capacidad de cooperar y de incidir en la realidad local habrá.

- Aprovechar la presencia de migrantes en sociedades del Norte como agentes comerciales de productos para el consumo de los migrantes nacionales en el país de llegada. Este es un campo que, en particular en España, tiene un alto potencial por el alto número de migrantes llegados en poco tiempo. La exportación de productos es una oportunidad para los productores del país de origen, y la presencia creciente de los productos que consumirán específicamente los migrantes en tiendas o locales asociativos puede ser un factor que permita una interrelación con las sociedades de llegada en la vida cotidiana, y de esta forma favorezca la integración.

En definitiva, el fenómeno migratorio ofrece numerosas oportunidades de acción a partir de las prácticas y experiencias ya conocidas en el ámbito del trabajo social y la cooperación para el desarrollo. Al hacerlo no sólo se mejorarán situaciones y realidades concretas, sino que también se avanzará en ofrecer a las sociedades mensajes mucho más positivos sobre lo que nos ofrece el hecho migratorio.

La globalización y la pérdida generalizada de perspectivas de desarrollo en el Sur son componentes claros del actual proceso migratorio,

caracterizado por unas migraciones Sur-Norte más intensas que nunca y al que las restrictivas políticas migratorias impuestas en los países del Norte no consiguen frenar.

Esta realidad es una dramática señal de alarma que indica la necesidad de un cambio de rumbo en el modelo de relaciones internacionales actual hacia una mayor justicia social planetaria, que frene la tendencia a la concentración de la renta, el conocimiento y la tecnología. Esta tendencia está provocando movimientos de población que, si bien tienen sus precedentes en la historia humana, nunca han mostrado tanta fuerza pese a las crecientes trabas que se les imponen. La migración es, hoy por hoy, el grito de los excluidos de la tierra, de quienes no se resignan a vivir en la pobreza y quieren aprovechar las oportunidades que la modernidad brinda. Pero esta salida supone una limitación para las posibilidades de que se produzcan procesos nacionales de desarrollo incluyentes que permitan una vida digna a las mayorías pobres y no sólo a aquellos grupos más emprendedores y a las elites locales.

Ante este reto, la cooperación internacional debe aprovechar las potencialidades de los procesos migratorios para buscar caminos por los que favorecer el desarrollo local y comunitario y la suma de esfuerzos hacia procesos de progreso más amplios. La migración es, tal vez, la luz de alarma más importante en las sociedades del Norte para recordarnos el mal funcionamiento del planeta y la responsabilidad que tenemos en la búsqueda de un proyecto ciudadano global e incluyente que no permita más que la migración forzosa —la gran mayoría, en la actualidad— siga siendo el doloroso pan de cada día para millones de personas.

Bibliografía

Alberto Acosta, “Los costes y beneficios de la emigración: una visión desde el Sur”, ponencia del curso de verano de la Universidad Complutense *Pobreza, migraciones y desarrollo*, julio de 2003. En prensa para su edición por La Catarata / Comunidad de Madrid.

José Antonio Alonso (director), “Los efectos económicos de las migraciones”, ponencia del curso de verano de la Universidad Complutense *Pobreza, migraciones y desarrollo*, julio de 2003. En prensa para su edición por La Catarata / Comunidad de Madrid.

- José Antonio Alonso, *Estrategia para la cooperación española*, Ministerio de Asuntos Exteriores, Madrid, 1999.
- Carlos Alzamora, *La capitulación de América Latina*, Fondo de Cultura Económica, Lima, Perú, 1998.
- Marta Arias, “Migraciones y desarrollo. ¿Hay lugar para la cooperación?”, en *La realidad de la ayuda 2001–2002*, Colección Informes, Nº 19, Intermón, Barcelona, 2002.
- Jaime Atienza y Pedro José Gómez Serrano, *Las reglas del juego. La globalización financiera y sus repercusiones en los países del Sur*, Folletos Informativos de Manos Unidas, CIDSE, Madrid, 2000.
- Jaime Atienza, *Deuda externa: teoría, realidad y alternativas*, AKAL, Madrid, 2002.
- BID / FOMIN, *Las remesas en América Latina*, BID, Washington DC, 2003.
- BID / FOMIN, *Las remesas de emigrantes entre España y Latinoamérica*, BID, Washington DC, 2002.
- James Boughton, *The IMF and the Silent Revolution*, IMF publications, Washington DC, 2000.
- Cáritas Española, *Nadie sin Futuro*, Cáritas Española, 2002, mimeo.
- Colectivo IOE, “¿Cómo estudiar las migraciones internacionales?”, en *Migraciones*, Nº 0, Madrid, 1996.
- Luis de Sebastián, *La crisis de América Latina y la deuda externa*, Alianza América, Madrid, 1998.
- Ricardo Ffrench-Davis, Robert Devlin y Stephany Griffith-Jones, “Flujos de capital y desarrollo en los noventa: implicaciones para las políticas económicas”, en *Pensamiento Iberoamericano*, Nº 27, 1995.
- David Dollar y Aart Kraay, *Growth is good for the poor*, WB publications, Washington DC, 2000.
- Joaquín Estefanía, *La nueva Economía. La globalización*, Temas de Debate, Madrid, 1996.
- FMI, *World Economic Outlook*, IMF publications, Washington DC, 1988, 1992, 2000 y 2002.
- John Maynard Keynes, *Las consecuencias económicas de la Paz*, Crítica, Barcelona, 1991 (1ª ed. 1919).
- Angus Maddison, *La economía mundial 1820 –1992*, OCDE, París, 1996.

- Ángel Martínez González-Tablas, “Globalización: realidad multidimensional y mito”, en *Revista Mientras Tanto*, N^o 70, Barcelona, 1997.
- OCDE, FMI, BM, NNUU, *Un mundo mejor para todos*, OCDE, FMI, BM, NNUU, Washington, 2000.
- Emilio Ontiveros, *Sin orden ni concierto. Medio siglo de relaciones monetarias internacionales*, Biblioteca de economía y finanzas, Madrid, 1997.
- Enrique Palazuelos, *La globalización financiera*, Síntesis, Madrid, 1998.
- Ugo Pipitone, *Reflexiones sobre un presente acelerado*, Los Libros de la Catarata / Instituto Universitario de Desarrollo y Cooperación, Madrid, 2000.
- PNUD, *Informe de Desarrollo Humano*, Naciones Unidas, Nueva York, (varias ediciones).
- José Antonio Sanahuja, *Altruismo, mercado y poder*, Colección Libros de Encuentro-Intermón Oxfam, Barcelona, 2001.
- Saskia Sassen, *¿Perdiendo el control? La soberanía en la era de la globalización* (Introducción de Antonio Izquierdo), Bellaterra, Barcelona, 2001.
- Hans Walter Singer, “El desarrollo en la postguerra. Lecciones de la experiencia de 1945 a 1985”, en *Revista Comercio Exterior*, Vol. 39, N^o 7, 1989.
- Óscar Ugarteche, *El falso dilema. América Latina en la economía global*, Nueva Sociedad, Caracas – Fundación Friedrich Ebert, Lima, 1997.
- VVAA, “Las migraciones internacionales en América Latina y el Caribe”, en *Revista Capítulos*, N^o 65, SELA, Caracas, Venezuela, mayo-agosto de 2002.
- Banco Mundial, *Beyond the Washington Consensus: Institutions Matter*, World Bank Publications, Washington, 1998.